

Dos corresponsales argentinos en el frente oriental de la Gran Guerra:

Juan José Soiza Reilly y Emilio Kinkelin

Emiliano Gastón Sánchez

CONICET/Universidad Nacional de Tres de Febrero

La sensación de estancamiento iba en aumento a medida que los partes de los grandes estados reflejaban de más en más la monotonía gris de los metidos en las trincheras o de los que en el frente oriental chapaleaban en las ciénagas para defender o tomar pueblos y aldeas con nombres imposibles de pronunciar y, más aún, de insertar en la retórica del heroísmo. En el segundo año de la guerra esa retórica comenzó a empalagarme, y en ella, más que nada, la ‘Oda increpatoria’ de Almafuerte que Juan Carlos, mi tío abuelo, cada noche que iba a comer a casa (e iba a menudo) recitaba con un énfasis que congestionaba aún más su cara roja.

María Rosa Oliver (73-
74)¹

En los campos de la Rusia que hemos visto el hombre deja de ser lo que la civilización ha hecho de él: sólo resta la bestia humana de instintos primitivos.

Corresponsal [Emilio Kinkelin]²

La llegada de la Navidad y el fin de año de 1914 marcan el cierre de una primera etapa de la cobertura informativa de la Gran Guerra en la prensa de

¹ Es probable que la autora se refiera al poema “Apóstrofe”, fechado en La Plata el 29 de diciembre de 1915 y publicado en la revista *La Nota. Revista semanal*, n° 23, 15 de enero de 1916, 439-446. Allí, el poeta realiza un duro ataque contra el káiser Guillermo II, al que trata de “mentecato”, “amoral”, “mediocre”, “invasor”, “asesino” e “infanticida”.

² Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este. Desde Lodz (Para La Nación). Lodz, diciembre de 1914”, *La Nación. Diario de la mañana* (en adelante, *La Nación*), n° 15497, 15 de febrero de 1915, 4.

Buenos Aires. Luego de un primer semestre en el cual la contienda europea fue la novedad rutilante en las páginas de todos los periódicos porteños (Sánchez 2018, 177-204), las expectativas de los contemporáneos sobre una rápida resolución del conflicto comenzaron a desvanecerse. Habiendo concebido la guerra como un conflicto breve, más cercano a las campañas decimonónicas que a la guerra industrial de masas en la que se transformaría luego, los altos mandos militares y los líderes políticos de todas las naciones combatientes habían proyectado pasar la “Navidad en casa”. Lejos de ello, el fin del año de 1914 deja al descubierto un panorama mucho más sombrío: en sólo seis meses la contienda había sesgado la vida de medio millón de personas, mutado hacia un “nuevo” tipo de combate (la guerra de trincheras) y adquirido dimensiones que excedían largamente el territorio europeo (Horne).

Ese clima de opinión se hace presente en las reflexiones en torno a la Navidad y en los balances de fin de año bosquejados por los diarios y las revistas de Buenos Aires, llenos de escepticismo respecto del futuro de la guerra y de Europa como faro civilizatorio. En su editorial del 24 de diciembre, *La Gaceta de Buenos Aires* comentaba:

La Navidad de 1914 llega en las horas más cruentas de la historia del mundo. Naciones enteras se despedazan, millares de hombres mueren en los campos de batalla, millares de hogares quedan sin padre, sin hermanos y hasta sin hijos. Como un sarcasmo, el barbarismo moderno conmemora con la más espantosa de las tragedias el nacimiento del apóstol de la paz y la fraternidad humana. Quédenos á estos pueblos de América, la satisfacción muy legítima de dar un alto ejemplo al mundo viejo.³

Estas reflexiones sobre la guerra, marcadas por la festividad del calendario cristiano y el clima de balance de fin de año, imprimieron una nota distintiva a la cobertura de la contienda en la última semana de 1914. A partir de 1915, esa cobertura pierde progresivamente algo de la efervescencia que la había caracterizado en los meses iniciales y se torna más cotidiana, predecible y reiterativa. Como deja en evidencia el recuerdo de María Rosa Oliver que sirve de epígrafe a este artículo, ese cambio también da cuenta de cierta saturación del público porteño que se traduce en un acostumbramiento y en una progresiva pérdida de interés frente a las novedades provenientes de Europa.

³ “Noche Buena”, *La Gaceta de Buenos Aires. Diario de la tarde*, n° 1318, 24 de diciembre de 1914, 1. En el mismo sentido, véanse, entre otras: “¡Paz á los hombres! La Navidad sangrienta”, *La Argentina. Primer diario moderno de la mañana, independiente e impersonal*, n° 3448, 25 de diciembre de 1914, 4; “Navidad”, *La Razón. Diario de la tarde*, n° 2848, 25 de diciembre de 1914, 3; “¡Noche buena! ¡Navidad!””, *Tribuna. Diario de la tarde*, n° 7271, 25 de diciembre de 1914, 7; “Del año que se fue”, *La Mañana. Diario noticioso e independiente*, n° 1472, 2 de enero de 1915, 1.

De hecho, en las últimas semanas de 1914 algunas voces señalaron ese hartazgo. El periodista peruano Leónidas Yerovi, por ejemplo, afirmaba en un artículo publicado en *Caras y Caretas*: “Va para un par de meses que estamos de ‘teatro de la guerra’ y ‘conflagración europea’ y el temita comienza a ser fatigoso”, un fastidio que Yerovi atribuía al “tiempo que transcurre, el implacable tiempo que nos acostumbra a todo, y la costumbre que deriva en monotonía”.⁴ En el mismo sentido, a finales de octubre, el anónimo autor de la columna “La vida que pasa” del diario *La Tarde* comentaba:

La gran guerra europea empieza a dejar un poco de interesarnos. La extrema tensión nerviosa de los primeros días ha traído un poco de laxitud. . . Poco a poco nos hemos adaptado a las circunstancias, organizando nuestra vida según las viejas costumbres, como si ya fuera un incidente familiar el estruendo de los cañones que nos llega desde la lejanía sobre las alas del Atlántico. . . Hay ya muchas personas que han hecho el firme propósito de no leer los telegramas, ni de interesarse por las últimas novedades del conflicto. “No me hable de la guerra” es la frase que resuena en los labios o se lee en el silencio de casi todos los pacíficos y despreocupados habitantes de esta metrópoli.⁵

Este sentimiento se hará más pronunciado a medida que la guerra se estanque en el frente occidental y los combates dejen de proporcionar novedades cotidianas a los diarios de Buenos Aires. En este sentido, a comienzos de febrero de 1915, un editorial del semanario *Mundo Argentino*, presumiblemente escrito por su director Constancio C. Vigil, afirmaba: “Estamos casi habituados ya a ver el mundo vuelto a la barbarie. Al principio de la guerra, al leer cada mañana los grandes títulos de los diarios, creíamos soñar; ahora ya nos limitamos a seguir angustiados las interminables alternativas que se producen en las líneas de batalla [. . .] Ya ni la más horrenda carnicería ni la destrucción de poblaciones indefensas asombra a nadie”.⁶

Estos diagnósticos sobre el agotamiento del público porteño frente a la contienda relevan el inicio de una nueva etapa en la cobertura mediática del conflicto, caracterizada, entre otros aspectos, por una presencia mucho más

⁴ Yerovi, Leónidas, “Estrategas de café”, *Caras y Caretas. Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidad*, n° 837, 17 de octubre de 1914, s/p.

⁵ “La vida que pasa. (Notas porteñas)”, *La Tarde*, n° 681, 29 de octubre de 1914, 1. El giro “no me hable de la guerra” fue, por ese entonces, muy utilizado en algunas publicidades comerciales para llamar la atención de los lectores. Véase, entre otras, la publicidad de chocolates de La Productora Americana, “No me hable de la guerra”, *Fray Mocho. Semanario festivo, literario, artístico y de actualidades* (en adelante, *Fray Mocho*), n° 126, 25 de septiembre de 1914, s/p. Poco tiempo después se transformó en el slogan de un prendedor de esmalte que se vendía en los puestos de diarios del centro porteño. “Al margen de la tragedia. No me hable de la guerra”, *Crítica. Diario ilustrado de la noche, impersonal e independiente*, n° 689, 14 de agosto de 1915, 2.

⁶ “La semana”, *Mundo Argentino. Semanario popular ilustrado*, n° 213, 3 de febrero de 1915, s/p.

destacada de los corresponsales (argentinos y extranjeros) contratados por los grandes diarios y semanarios de Buenos Aires y cuya labor buscaba ofrecer una mirada más cercana sobre el conflicto, que permitiera trascender la monótona información traída por el cable. Así lo expresaba el diario *La Nación* en un autoelogio del despliegue de su plantel de corresponsales en Europa:

Por primera vez en la historia del periodismo sudamericano, se encuentran en los campos de batalla de Europa, autorizados y atendidos por los diversos gobiernos, corresponsales extraordinarios. Conocidas como son las dificultades que los estados mayores oponen a la admisión de los periodistas, creemos innecesario señalar la importancia de este hecho. En cambio, no podemos dejar inadvertidas las distinciones excepcionales de que nuestros enviados han sido objeto por parte de los gobiernos francés y alemán, por lo que significan para nuestro país y para nuestra prensa.⁷

Este comentario buscaba situar a los grandes diarios de Buenos Aires en la élite del periodismo internacional. Pues los éxitos recientes de algunos de sus corresponsales y enviados especiales—como las entrevistas al mariscal Hindenburg y al general Joffre publicadas por *La Nación*—permitían comprobar “la difusión y el concepto de que goza nuestro alto periodismo y ello debe ser motivo de igual satisfacción para el país y para nosotros”.⁸ Un aspecto, entre otros, que avala una interpretación más amplia de la Gran Guerra como un capítulo destacado del proceso de modernización iniciado por la prensa local a finales del siglo XIX.

A la preponderancia adquirida por los corresponsales en esta segunda fase en la cobertura mediática del conflicto cabría agregar también el mayor espacio otorgado al frente oriental o, como lo llamaban los diarios de la época, el “teatro oriental de las operaciones”. En gran medida, esta decisión editorial fue el resultado de dos factores: en primer lugar, de la falta de noticias abundantes sobre los combates en la línea situada en el territorio francés, fruto del estancamiento de dicho frente desde finales de 1914. Y, en segundo lugar, de la negativa de los altos mandos militares y de los organismos encargados de la censura a que los periodistas y corresponsales accedieran al frente por motivos de seguridad, pero

⁷ “Nuestro periodismo en la guerra”, *La Nación*, n° 15482, 31 de enero de 1915, 8.

⁸ *Id.* Véase Gómez Carrillo, E. [Enrique], “Una visita al generalísimo Joffre (Especial para La Nación). Meaux, diciembre de 1914”, *La Nación*, n° 15478, 27 de enero de 1915, 4 y “Reportaje al mariscal Hindenburg. Confianza en el triunfo alemán”, *La Nación*, n° 15481, 30 de enero de 1915, 6. Este reportaje fue publicado sin firma aunque, según aclaraba la nota, fue realizado por “el corresponsal especial de ‘La Nación’ en el teatro de la guerra [Emilio Kinkelín], después de visitar las líneas de batalla de Polonia”.

también por la desconfianza que generaba su presencia allí (Thompson; Paddock; Forcade).⁹

Sin embargo, un grupo de periodistas menos favorecidos por las autoridades francesas optaron por desplazarse hacia Europa oriental con el objeto de acceder a zonas no tan frecuentadas por los cronistas de habla hispana y deambular por esos pueblos y aldeas “con nombres imposibles de pronunciar” a los que se refiere María Rosa Oliver en el pasaje ya citado. En ese marco se inscriben las crónicas que serán analizadas en este artículo, fruto de dos viajes realizados por Juan José Soiza Reilly (1880-1959) y Emilio Kinkelin (1875-1943) por la Polonia rusa como enviados especiales del diario *La Nación* (aunque Soiza también se desempeñó como corresponsal del semanario *Fray Mocho*): el primero, entre diciembre de 1914 y enero de 1915 y el segundo, en marzo de ese mismo año.¹⁰

El análisis de este conjunto de crónicas sobre el frente oriental permite comprobar los diferentes perfiles periodísticos que caben bajo los pliegues del término “corresponsal” y las variantes de la crónica de guerra que circulaban en la prensa de Buenos Aires. Pues la cobertura mediática de este conflicto posibilitó la consolidación de un periodismo de guerra novedoso, encarnado en figuras de vasta trayectoria como Soiza Reilly, que utilizaron esa experiencia como plataforma para la construcción de un prestigio profesional y de una narrativa singular que les permitió destacarse como los exponentes locales de una figura en creciente expansión: el “corresponsal de guerra”. Y, al mismo tiempo, la conflagración dio lugar también a que una figura como Kinkelin, un oficial del

⁹ De todos modos, esta negativa tuvo algunas excepciones y un puñado de corresponsales iberoamericanos que colaboraban con la prensa de Buenos Aires pudieron acceder al frente durante 1915 en el marco de una serie de invitaciones que, en cierta forma, anticipan las características de las visitas oficiales organizadas por los ejércitos aliados a partir de 1916. En este sentido, cabría señalar las crónicas de Enrique Gómez Carrillo, corresponsal de *La Nación*, fruto de su recorrido por la región del Marne entre diciembre de 1914 y enero de 1915; el viaje a las trincheras belgas y francesas realizado por Alejandro Sux, corresponsal de *La Prensa*, a comienzos de ese mismo año y la espectacular visita al frente del escritor y periodista español Vicente Blasco Ibáñez, publicada en Buenos Aires por el semanario *Fray Mocho*, entre diciembre de 1914 y abril de 1915 (y que en rigor se trataba de un conjunto de crónicas y textos muy similares a los publicados por el autor en *El Pueblo* de Valencia y la revista *La Esfera* de Madrid).

¹⁰ En vísperas de la Gran Guerra, el matutino *La Nación*, fundado en 1870, era considerado el segundo diario más importante del país con un total de 500 empleados a su cargo y su tirada rondaba los 110.000 ejemplares (cifras que sólo superaba *La Prensa*). Contaba con imprenta propia, una vasta red de filiales en el país y el extranjero y un popular sello editorial, La Biblioteca de *La Nación*, que editaba como libros baratos los folletines que habían sido publicados por el diario (Lerose & Montmasson 1913, 60-64 y *Tercer Censo Nacional* 1917, 286-287). Fundado en 1911 y emulando en varios aspectos a la ya consagrada revista *Caras y Caretas*, *Fray Mocho* fue uno de los semanarios ilustrados más exitosos del país. A mediados de 1914 contaba con una tirada de 96.000 ejemplares semanales (*Fray Mocho*, n° 110, 5 de junio de 1914, s/p.).

ejército argentino que se hallaba en Berlín al momento de estallar la guerra, pudiera transformarse en un cronista circunstancial resguardado tras el pseudónimo de “Corresponsal”.

Desde la perspectiva de la historia cultural y literaria de la prensa (Kalifa y Vaillant), el análisis de los itinerarios y las crónicas de Kinkelin y Soiza Reilly permite comprender el lugar ocupado por la Gran Guerra en la evolución de la figura del corresponsal de guerra en la prensa de Buenos Aires. Ese estudio contribuye, a su vez, a la reconstrucción de un importante eslabón de un proceso de larga duración (en gran medida desconocido) cuyos rasgos iniciales pueden delimitarse entre una guerra breve y parcialmente mediatizada como la Guerra hispano-estadounidense de 1898 y otros conflictos bélicos más transitados por la historiografía cultural y literaria como la Guerra del Chaco y la Guerra Civil española (Saítta, 241-254; Juárez 2013; 2015; 2019; Binns y Cano Reyes).

Derivas de la figura del corresponsal en la prensa porteña

En el último cuarto del siglo XIX, la prensa de Buenos Aires inició un progresivo proceso de modernización. Esta transformación, desigual, de los periódicos porteños se hizo evidente en la creación de nuevos tipos de publicaciones y secciones—orientadas a un público lector cada vez más vasto y heterogéneo, que trataban de captar mediante diversas estrategias discursivas, temáticas y empresariales—pero también en el crecimiento de las tiradas, motivado por la incorporación de nuevas técnicas de edición e impresión (Román 15-37). Las demandas informativas de ese público ampliado, procedente en gran medida de las campañas masivas de alfabetización emprendidas por el Estado argentino a finales del siglo XIX, estimularon la contratación de los servicios de las agencias de noticias europeas y la incorporación de los corresponsales extranjeros, instalados en las principales ciudades de Europa y América. De esta manera, la prensa porteña se transformó en un ámbito privilegiado para la profesionalización de los escritores y periodistas (Laera 495-522).

La emergencia en la prensa local de la figura del “corresponsal” no implicó, sin embargo, una clara delimitación de las funciones asignadas o asumidas al interior de los periódicos. El uso inicial del término se caracterizó por su ambigüedad y por hacer alusión a figuras del mundo periodístico portadoras de perfiles intelectuales y profesionales muy variados. En este sentido, como ha señalado Martín Servelli (33-34), la inestabilidad inicial del término fue concomitante a la emergencia de este actor novedoso en la prensa porteña.

En primer lugar, la expresión era utilizada para referirse a las grandes plumas del mundo literario, científico y político que enviaban sus crónicas desde las principales metrópolis europeas y que, en base a ese prestigio intelectual, gozaban de una cierta especialización de sus funciones como “corresponsales culturales” de los grandes diarios porteños. No obstante, la corresponsalía internacional tuvo otras inflexiones más modestas, encarnadas en aquellos periodistas que, al otro extremo del circuito global, leían y glosaban las informaciones de los diarios europeos en Buenos Aires o en Montevideo, realizando extractos de esa información para los medios locales (Caimari 45-50).

En segundo lugar, el término aludía a periodistas del propio *staff* de los diarios que cumplían labores como corresponsales o “reporters viajeros” asociados, en un principio, a la cobertura de viajes ocasionales para asistir a un evento político o cultural de transcendencia. Con el tiempo, esa labor adquirió un estatus profesional novedoso y más específico, vinculado a las giras periodísticas por las provincias y los territorios nacionales de la Argentina y a la elaboración de unas crónicas que “contribuyeron a modelar un imaginario de Nación, en un período de crecimiento acelerado y cambios profundos [. . .] marcado por la afluencia inmigratoria y una difundida percepción de disgregación cultural y pérdida identitaria” (Servelli 16).

En tercer lugar, cabría destacar también a la corresponsalía noticiosa, protagonizada por plumas mucho menos conocidas que informaban (sin firmar) sobre los acontecimientos de la vida local en aquellas ciudades que integraban la red de cables submarinos y cuyos contornos se advierten detrás del título “De nuestro corresponsal en . . .”, que solía encabezar ciertos apartados de las secciones de cables internacionales. Por último, el término se aplicaba también de manera extensiva a los representantes de los grandes diarios en el interior del país que, en los casos de *La Nación*, *La Prensa*, y *El Diario*, conformaban un extenso entramado de alcance nacional.

Varias décadas después de la irrupción de este actor en la prensa de Buenos Aires, ese panorama no había cambiado demasiado. De hecho, durante la Gran Guerra, la polisemia del término “corresponsal” subsistía en las páginas de los periódicos porteños, ya que el mismo era atribuido sin una clara distinción a figuras del mundo intelectual y periodístico que no sólo mantuvieron diferentes proximidades con el conflicto bélico, sino que también cultivaron diversas variantes del reportaje y la crónica periodística. En gran medida, esa imprecisión en el uso del término ha sido reiterada en las investigaciones más recientes sobre el impacto político y cultural de este conflicto bélico en Argentina (a modo de

ejemplo: Compagnon 2007, 82-83; 2014, 103 y 123; Rinke 87 y 196; Tato 30 y 32). Sin desconocer sus aportes al análisis de esas facetas de la contienda a nivel local, estas investigaciones han tendido a congregarse bajo los rótulos de “reportero” o “corresponsal de guerra” a figuras del universo periodístico porteño cuyas trayectorias y perfiles fueron muy diferentes, lo que, en última instancia, tiende a oscurecer los matices y la riqueza de voces presentes en la prensa periódica de un país neutral como la Argentina.¹¹

Esa homologación no deja de ser paradójica pues, como ya se ha señalado, la cobertura mediática de la Gran Guerra en la prensa porteña posibilitó el afianzamiento de un periodismo de guerra novedoso, delimitado en torno a un grupo de periodistas que, a partir de sus experiencias en las ciudades y campos de batalla del Viejo Mundo, reforzaron la construcción de un prestigio profesional y de una narrativa singular que les permitió destacarse como los exponentes locales de un figura en creciente expansión. Uno de los periodistas porteños que contribuyó de un modo más decidido a delimitar los atributos del “corresponsal de guerra” fue Juan José Soiza Reilly. En los años previos a la Gran Guerra, este periodista colaboró en *La Razón*, *Crítica* y *P.B.T.* y fue corresponsal de *Caras y Caretas* durante varias estancias en Europa, en las que cubrió resonantes catástrofes como el terremoto de Messina en 1908 y la gran inundación de París a comienzos de 1910. Pocos meses antes del estallido del conflicto, Soiza había publicado una novela que se convertiría en un verdadero *bestseller* de la época: *La ciudad de los locos: Aventuras de Tartarín Moreira* (1914), dedicado “A mis compañeros de la revista Fray Mocho”, un semanario del que fue uno de los primeros colaboradores.¹²

Por el contrario, su compañero de aventuras en el frente, Emilio Kinkelin, era un teniente coronel del ejército argentino, sin vínculos previos con el mundo del periodismo, que hizo de su manejo del idioma alemán uno de los pilares de su carrera y que al momento de estallar la guerra se encontraba en Berlín como integrante de la “Comisión de Armamentos en Europa”.¹³ Según

¹¹ Cabe recordar que el 5 de agosto de 1914, luego del ingreso de Inglaterra en el conflicto, Argentina declaró la “más estricta neutralidad” frente al estado de guerra entre “naciones amigas”. Durante la administración conservadora de Victorino de la Plaza la decisión fue reafirmada en ocho oportunidades, a medida que nuevos países se sumaban a la guerra. Esta postura fue continuada por el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen hasta la firma del armisticio. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, República Argentina, Sección Primera Guerra Mundial, caja AH0016, “Guerra europea. Medidas de Guerra. Neutralidad”, legajos II 1-8.

¹² Una reconstrucción del itinerario de Soiza Reilly puede consultarse en Mizraje (23-43). También hay varias referencias biográficas en Ludmer.

¹³ Emilio Cristian Enrique Kinkelin nació en Gualaguay, provincia de Entre Ríos, el 29 de diciembre de 1875 y fue bautizado el 15 de julio de 1876 en la Congregación Evangélica Alemana de Buenos Aires. Estudió en el Colegio Alemán de Buenos Aires (Esmeralda 166) y a los 18 años de edad solicitó el ingreso en el Colegio Militar, que le fue

consta en su expediente personal, ante la orden de regresar a la Argentina luego del estallido de la guerra, Kinkelin solicitó una licencia para permanecer en Europa aduciendo que un grave problema de salud de su hija mayor le impedía emprender el viaje de regreso.¹⁴ En ese contexto, el militar devino en un cronista ocasional que engrosó las filas de los colaboradores del matutino de la familia Mitre bajo el pseudónimo de “Corresponsal”. La elección del pseudónimo buscaba resguardar la identidad de un oficial del ejército de un país neutral que, más allá de encontrarse en goce de licencia, debía acatar la circular promulgada por el Ministerio de Guerra a comienzos del conflicto que limitaba la participación de los militares argentinos en la prensa (Sánchez 2020, 4).

No obstante, su anonimato fue una ilusión fugaz. La presencia de Kinkelin en varias de las fotografías que acompañaron a las crónicas de Soiza Reilly en *Fray Mocho* desató las denuncias de los diarios más alineados con la Entente, como *Crítica*, que recalcaron el incumplimiento de los deberes para con la neutralidad por parte de un oficial que “está actuando de corresponsal de un periódico de acá, y como es regular suponerlo, cobrando asimismo el sueldo correspondiente como tal redactor viajero”.¹⁵ Quizás por ello no sea una casualidad que durante su segunda visita al frente, en marzo de 1915, Soiza Reilly haya dejado de mencionar a su compañero por su nombre y apellido, optando por formas más elípticas como el “corresponsal de *La Nación* en Berlín que me acompaña”.¹⁶ Sin embargo, incluso luego de hacerse pública la identidad del

concedido el 19 de febrero de 1895. En marzo de 1900 aprobó el ingreso a la flamante Escuela Superior de Guerra, donde estudió entre 1901 y 1903. En septiembre de 1904 fue autorizado a realizar su primera estadía en Alemania “á fin de efectuar estudios prácticos en un cuerpo de su arma del Ejército Alemán”. Entre febrero de 1905 y septiembre de 1906 realizó una segunda estadía en el 2º Regimiento de Infantería (Hannover). En 1907 fue el responsable de la traducción al castellano del reglamento táctico de infantería alemana y a partir de entonces fue incorporado como Profesor de Alemán en la Escuela Superior de Guerra. En mayo de 1910 fue designado como Jefe de la Delegación del Ejército Argentino ante la delegación militar alemana presidida por el General von der Goltz que arribó a Buenos Aires con motivo de los festejos del Centenario, cargo que compartió con José Félix Uriburu y por el cual recibió, en septiembre de 1910, la Cruz de la Corona de Prusia de Tercera Clase. En septiembre de 1912 fue nombrado por el Presidente Roque Sáenz Peña como miembro de la Comisión de Armamentos en Europa, cargo que desempeñaba al momento de estallar la guerra. Todos los datos provienen de su legajo personal disponible en Servicio Histórico del Ejército, División Legajos, Legajo del teniente coronel Emilio Kinkelin (nº 6439).

¹⁴ En diciembre de 1914, Kinkelin fue notificado que por orden del Ministro Ángel Allaria se hacía lugar a la solicitud “de *permanecer* en Europa hasta que hayan desaparecido las causas que invoca”. Servicio Histórico del Ejército, División Legajos, Legajo del Teniente Coronel Emilio Kinkelin (nº 6439), Carpeta del Ministerio de Hacienda, Mesa de entrada, Pensiones y retiros, Buenos Aires, 20 de enero de 1943, f. 1. Subrayado en el original.

¹⁵ “Un oficial argentino agente del káiser. El coronel Kinkelin, corresponsal de *La Nación*”, *Crítica*, Nº 546, 20 de marzo de 1915, 2.

¹⁶ Soiza Reilly, Juan José, “Fray Mocho en la guerra. La estrategia de los ratones. Polonia rusa, marzo de 1915”, *Fray Mocho*, Nº 156, 23 de abril de 1915, s/p.

misterioso “Corresponsal”, la situación de Kinkelin fue tolerada por las autoridades hasta la llegada al poder del radicalismo, que ordenó su regreso al país.¹⁷

“Una macabra jira de bohemios”¹⁸

A comienzos de diciembre de 1914, *La Nación* publicó, en un lugar destacado entre sus informaciones sobre la guerra, un cable enviado por “nuestro corresponsal en Berlín” (Emilio Kinkelin) a través de la vía Nauen-Sayville, el cual informaba: “Especialmente invitados por el estado mayor general, en nuestro carácter de representantes de ‘La Nación’, el Sr. J. J. Soiza Reilly y yo partimos hoy para el teatro de la guerra en Rusia. Vamos en dirección a Lodz, ciudad que desde ayer está en poder de los alemanes [. . .] Enviaremos desde allí informaciones telegráficas”.¹⁹ Este anuncio con bombos y platillos del viaje de sus dos cronistas a Polonia es un claro ejemplo del lugar destacado que el frente oriental adquirió en la cobertura periodística de la Gran Guerra en la prensa de Buenos Aires.

Más allá de los casos señalados en el apartado precedente, el intento de ofrecer al público una mirada directa sobre el frente occidental, mediada por el testimonio personal de los corresponsales y que funcionara como un complemento del cúmulo de contradictorias informaciones que llegaba por cable, pero también para sopesar el laconismo de los partes oficiales, debió sortear serias dificultades. “El general Joffre, supremo mariscal de las tropas de Francia, no es partidario de los periodistas”, afirmaba Soiza Reilly a finales de 1914; “Los cree perjudiciales. Teme, según se afirma, que los valientes soldados de la pluma no sepan callar cuando la estrategia exija que se callen. . .”.²⁰ Es por ello que, como ha señalado José Ramón González, “la descripción directa y de primera mano de la lucha y la batalla—episodio central de toda guerra y momento culminante en cualquier relato bélico—sea en este amplio corpus, más la excepción que la norma, y que muchos de los textos se limiten a describir las actividades propias de la

¹⁷ En enero de 1917, el flamante ministro de Guerra, Elpidio González, ordenó su inmediato regreso a la Argentina, una orden que Kinkelin solicitó “encarecidamente” postergar una vez más dado el riesgo que implicaba el cruce del Atlántico en plena guerra submarina. Su regreso concretó recién a mediados de 1919 y a su llegada, fue pasado a disponibilidad en junio de ese año. Servicio Histórico del Ejército, División Legajos, Legajo del Teniente Coronel Emilio Kinkelin (n° 6439).

¹⁸ Soiza Reilly, “Panoramas de la guerra (Especial para La Nación). Lodz (Polonia rusa), diciembre de 1914”, *La Nación*, N° 15519, 10 de marzo de 1915, 4-5.

¹⁹ “En el teatro de operaciones del Este. Los corresponsales de ‘La Nación’”, *La Nación*, N° 15432, 11 de diciembre de 1914, 8.

²⁰ Soiza Reilly, Juan José, “Panoramas de la guerra. Los periodistas en las líneas de fuego. Imposibilidad de ver las batallas (Especial para La Nación). París, octubre de 1914”, *La Nación*, N° 15418, 27 de noviembre de 1914, 4.

retaguardia de los ejércitos y los despojos y las ruinas que la lucha deja tras de sí” (162). Estas limitaciones al ejercicio de la labor periodística, sumadas a la progresiva importancia que adquirieron los combates en el frente oriental, donde para muchos contemporáneos se decidiría el destino de la guerra,²¹ impulsaron a varios corresponsales hacia esas regiones del continente europeo.

El contraste entre los diferentes perfiles e itinerarios intelectuales de Soiza Reilly y Kinkelin se expresa también en las características de sus crónicas de guerra, en las que las miradas sobre un mismo hecho adquieren tonalidades diferentes y destacan diversos aspectos de esa experiencia en el frente oriental en función de sus intereses y su formación. De esta manera, las crónicas de Kinkelin muestran una mayor presencia de la terminología militar y una atención más detenida a cuestiones de estrategia, logística y armamentos fruto, como es obvio, de su formación castrense.²² Estos aspectos están ausentes en las crónicas de Soiza Reilly, quien afirma: “yo asisto a la guerra como un niño curioso. Mi ignorancia enciclopédica de la ciencia militar me coloca en un terreno desde el cual veo a los soldados como hombres de carne y hueso, y no como signos matemáticos. . .”.²³ Pero, además, sus escritos ponen en juego un arsenal de estrategias narrativas y literarias mucho más elaboradas que las de su compañero.

Soiza Reilly es también más propenso a narrar con lujo de detalles sus peripecias en el frente: el frío, el hambre, las habitaciones de los hoteles, el miedo a la muerte, etc. En Lodz, por ejemplo, donde al comenzar el viaje fueron alojados en el Hotel Savoy, el periodista escribe: “Los colchones caminan cual si estuvieran sobre lomos de gatos o de chinches judías. El piso de las habitaciones no está muy limpio. Nos consuela saber que las sábanas están menos limpias todavía. Pero, debemos resignarnos. No es posible exigir en Polonia, más higiene”.²⁴ Este tipo de pasajes, acompañados con frecuencia de fotografías (imagen 1) en las que el periodista es retratado en acción, revelan la plena conciencia que Soiza tenía de la importancia de esa experiencia para la construcción de una autfiguración que legitimara a esta novedosa rama del

²¹ “La decisión de la guerra está en Polonia. Si los rusos son capaces de invadir Alemania en gran escala, los imperios germánicos han perdido la guerra”, sostenía Ramiro de Maeztu a comienzos de 1915. “La lucha de los gigantes. Rusia y Alemania. El avance ruso hacia Silesia. El contragolpe de Hinderburg (Especial para La Prensa). Londres, diciembre de 1914”, *La Prensa*, N° 16141, 19 de enero de 1915, 6-7.

²² Véase, a modo de ejemplo, la descripción de las operaciones previas a la segunda batalla de Lodz en Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este...”, p. 4.

²³ “Fray Mocho en la guerra. La opinión de los niños en Polonia. Posen (Polonia alemana), marzo de 1915”, *Fray Mocho*, N° 157, 30 de abril de 1915, s/p.

²⁴ Soiza Reilly, Juan José, “Fray Mocho en la guerra. En la Polonia Rusa. La vida en las trincheras. Lodz (Polonia rusa), 13 de diciembre de 1914”, *Fray Mocho*, N° 144, 29 de enero de 1915, s/p.

trabajo periodístico en el ámbito local. Por el contrario, Kinkelin se muestra menos preocupado por la construcción de ese tipo de representaciones y, de hecho, existen ciertos indicios del recelo que le provoca el comportamiento de su compañero. Su visión sobre la escena de la figura anterior (o de una muy similar) deja traslucir cierta incredulidad: “Comenzamos a charlar, cuando oigo detrás de mí la voz de Soiza que dice: ‘Bon jour, messieurs’. Allí estaba, con su aparato fotográfico, que había ido a buscar al automóvil, saludando en francés al personal de una batería alemana en combate. ¿Verdad que es una situación única?”²⁵

Esas diferencias se refuerzan si se comparan sus posiciones ante la contienda y los países beligerantes. La rémora de los vínculos de Soiza con el mundo de la bohemia periodística y el anarquismo se advierte en sus críticas a la guerra y al militarismo, no obstante sus simpatías por los aliados de la Entente y, en especial, por Italia, país en el que había residido por varios años durante su corresponsalía para *Caras y Caretas* y donde nació su hijo, Rubén Darío (Sánchez 2017). Mientras que Kinkelin, por tradición familiar, pero también como resultado de la influencia ejercida por Alemania en el seno del ejército argentino durante sus años de estudio (White y García Molina), fue un abierto defensor de la causa germana desde su primera crónica y, luego de la guerra, se transformó en una figura destacada del nacionalismo argentino (Rouquié; Mayo, Andino y García Molina).²⁶

A pesar de estos contrastes, la participación de ambas figuras en las giras periodísticas por la Polonia rusa constituye un ejemplo de la vasta plantilla de colaboradores que podían exhibir los grandes matutinos como *La Nación* y, sobre todo, de la pluralidad (incluso el antagonismo) de miradas que sobre el conflicto expresaban sus corresponsales. Esa “política del balancín”, como la llamaban despectivamente los diarios más comprometidos con los bandos en disputa,²⁷ apuntaba a ofrecer una información diversa para satisfacer los intereses de la vasta franja del público porteño que consumía estos grandes diarios.

²⁵ Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este. Desde Lodz (Para La Nación). Lodz, diciembre de 1914”, *La Nación*, N° 15500, 19 de febrero de 1915, 4.

²⁶ En su primera colaboración para *La Nación*, Kinkelin definió a la guerra como una lucha de razas: “De una parte, los teutones compactos y resueltos a salvar su naciente, pero pujante nacionalidad y progreso, y de la otra, dos razas antagónicas que se dan la mano para aplastar a su enemigo común. ¡Eslavos y latinos versus germanos! ¡He ahí en definitiva el móvil generador del drama colosal que se inicia!”. Y esa admiración hacia Alemania puede verse en la detallada descripción del entusiasmo del pueblo berlinés ante la noticia de la guerra realizada en esa misma crónica. Corresponsal [Emilio Kinkelin], “Desde Berlín. Alemania y la guerra. Las primeras operaciones. (Del corresponsal de LA NACIÓN por el Tubantia). Berlín agosto de 1914”, *La Nación*, N° 15349, 19 de septiembre de 1914, 5.

²⁷ “Un caso gravísimo...”, *op. cit.*, 1.

Aunque no se trató de una comitiva oficial, el viaje por el frente oriental requirió del visto bueno de las autoridades alemanas, que pusieron a disposición de los cronistas argentinos un automóvil y un “oficial ayudante”: el teniente Oscar Schmid, ingeniero militar y propietario de una fábrica de aceite, que había aprendido el idioma español durante una estadía laboral en México.²⁸ Sin duda, la intervención de Kinkelin, a quien Soiza denomina desde su primera crónica en Berlín como “un distinguido jefe argentino [. . .] que goza aquí de gran prestigio”,²⁹ fue crucial para obtener los pasaportes que les permitieron acceder a la línea de combate entre Alemania y Rusia, la cual era a juicio del periodista “la más pintoresca [. . .] la más peligrosa [. . .] la más divertida. . .”.³⁰ De hecho, en su primera crónica sobre Lodz, Kinkelin afirma que el propio mariscal von Hindenburg fue quien cursó la invitación a estos dos periodistas de *La Nación*. Esa representación por partida doble constituía una gran gentileza, pues, como se jactaba Kinkelin, “ningún diario ha podido aún acompañar a los ejércitos alemanes en su gigantesco esfuerzo, y así ‘La Nación’ será la que presentará a nuestro público las primicias de una crónica interesantísima, por tratarse de informaciones recogidas de visu”.³¹

De todas formas, y más allá del ascendente de Kinkelin entre la oficialidad alemana, es importante no perder de vista el interés de los Imperios Centrales y, en especial, de Alemania en facilitar la labor de los periodistas latinoamericanos como una forma de contrarrestar la campaña aliada de las “atrocidades alemanas”, cuyos principales tópicos circularon con enorme rapidez en la prensa porteña (Sánchez 2015). No obstante su clarividencia de esta situación,³² en las crónicas de Soiza Reilly ello no se tradujo en una negación del

²⁸ Soiza Reilly, Juan José, “Panoramas de la guerra. En las trincheras (Para La Nación). Lodz (Polonia rusa), diciembre de 1914”, *La Nación*, N° 15489, 7 de febrero de 1915, 5.

²⁹ Soiza Reilly, Juan José, “‘Fray Mocho’ en la guerra. En Alemania. Berlín, diciembre 16 de 1914”, *Fray Mocho*, N° 143, 22 de enero de 1915, s/p. En una crónica posterior, el periodista refiere que “no obstante, ser entrerriano”, Kinkelin “domina el idioma alemán como un perfecto burgués de Berlín”. Soiza Reilly, Juan José, “Fray Mocho en la guerra. Desde las trincheras. Lo que se ve durante una batalla. La cultura de la oficialidad alemana. Lodz (Polonia rusa), diciembre 16/914”, *Fray Mocho*, N° 145, 5 de febrero de 1915, s/p.

³⁰ Soiza Reilly, Juan José, “Fray Mocho en la guerra. En la Polonia Rusa...”, s/p. Esos pasaportes fueron enviados a la redacción del semanario y reproducidos en esta crónica como una prueba de la veracidad de esa experiencia.

³¹ Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este. Desde Lodz...”, *La Nación*, N° 15497, 4.

³² “Insisto en destacar la deferencia con que se nos trata. No lo hago por vanidad profesional ni por orgullo propio. Bien sé que no son las lindas caras, ni la audacia nativa las que provocan el derroche de galantería [...] En esta galantería para con los dos únicos hombres del Río de la Plata que han tenido la suerte de venir hasta aquí, no veo solamente una demostración de la cultura de Alemania. Veo, escondido detrás de esa cultura, un

accionar de los alemanes en Bélgica pero sí en el beneficio de la duda. Luego de sus primeros contactos en Rusia con soldados y oficiales alemanes, el periodista escribe: “No es mi deber de cronista, defender a tirios ni a troyanos. Pero, digamos la verdad: ¿no se habrá exagerado en Bélgica y en Francia, la actitud de los oficiales alemanes? No puedo creer que el Estado Mayor haya mandado a Rusia los oficiales corteses y a Francia, los ‘asesinos’. . .”.³³

El principal objetivo del viaje, como el de casi todos los periodistas que se desempeñaron en Europa durante la Gran Guerra, era presenciar de cerca algún combate. Mientras que Kinkelin se hallaba habituado a este hecho por su vida profesional, para Soiza Reilly se trataba de una experiencia vital, novedosa, y necesaria para el ejercicio de la escritura periodística. Como él mismo lo expresa: “A pesar de lo horrible y de lo inútil que me parece exponerme a morir, hay algo de sugestión, de locura, de ceguera en ese impulso que me arroja a contemplar de cerca—de más cerca—el manejo de aquellas armas que sólo he visto dormidas en los museos y en los desfiles militares”.³⁴ Sin embargo, grande será su desilusión sobre las formas del combate moderno: “Como la mayoría de las gentes vulgares, yo tenía una errónea idea de las batallas modernas. Siempre supuse que asistir a una batalla era ver un montón de soldados peleando cuerpo a cuerpo [. . .] como en los bellos días de Saravia. . . La experiencia me dice que esas son fantasías. Una batalla moderna, no consiste en tratar que los hombres se maten más pronto, sino en que se maten con el mayor espacio de tiempo posible. . .”.³⁵ Por ello, Soiza intuye que, a diferencia de las guerras civiles que caracterizaron el tumultuoso siglo XIX argentino, en esta contienda, donde la dimensión técnica del combate adquiere un papel preponderante, “el heroísmo personal resulta inútil”.³⁶ Por el contrario, el aplomo con el que su compañero de viaje observa la misma situación le permite admirar con mayor plenitud la belleza de la guerra:

fogoso interés y un ardiente deseo de que hagamos ‘reclamé’ al gran imperio de Guillermo II”. Soiza Reilly, “Panoramas de la guerra. . .”, *La Nación*, N° 15519, 4 y 5.

³³ Soiza Reilly, Juan José, “Fray Mocho en la guerra. Desde las trincheras. . .”, *Fray Mocho*, N° 145, s/p. Soiza reconoce que, naturalmente, tanto en Rusia como en Francia el ejército alemán ha destruido pueblos y comarcas, y bajo el fuego de sus cañones han muerto niños, mujeres y ancianos inocentes. “Pero, de eso, tiene la culpa la guerra. En consecuencia, ¿no sería más patriótico para los civilizados americanos del sud, que en vez de declararnos francófilos o germanófilos, nos declaráramos antibelicosos?”.

³⁴ Soiza Reilly, Juan José, “Fray Mocho en la guerra. En la Polonia Rusa. . .”, *Fray Mocho*, N° 144, s/p. Esa idea de la fascinación que le provoca la guerra es reiterada en una crónica posterior: “De mí puedo afirmar que no voy al peligro por valor. Tampoco voy por fanfarronería. . . Voy con la boca abierta, como si la sugestión me atonteciera. Voy por magnetismo. Voy por soñador. Voy por imbécil. Voy ‘porque sí’”. “Fray Mocho en la guerra. El cólera en el ejército alemán. Lodz (Polonia rusa), diciembre de 1914”, *Fray Mocho*, N° 147, 19 de febrero de 1915, s/p.

³⁵ Soiza Reilly, Juan José, “Fray Mocho en la guerra. Desde las trincheras. . .”, *Fray Mocho*, N° 145, s/p.

³⁶ *Id.*

“Doscientos metros más adelante la artillería alemana se halla en posición y haciendo fuego. Es un infierno espantoso [. . .] Sí, la guerra es hermosa, terriblemente hermosa!”.³⁷

La preponderancia de los combates de artillería en detrimento de las idealizadas cargas a bayoneta calada hace que el contacto de ambos cronistas con la guerra en sí misma y con la primera línea de trincheras sea muy limitado. Allí radica una de las grandes paradojas de la labor periodística en la Gran Guerra: a pesar de su proximidad física, la contienda se torna inaccesible para los escritores y los periodistas (Siskind 235). Incluso la visita a las trincheras será una experiencia muy acotada a lo largo de este viaje, dado el peligro que implicaba acercarse a ellas.³⁸ Cuando, a pesar de estos riesgos, logren visitar las trincheras cercanas a Strykow, la mirada de ambos cronistas volverá a ser bien diferente. La crónica de Kinkelin destaca la fascinación provocada por ciertos detalles técnicos presentes en las trincheras.³⁹ Y también el “estado de excitación terrible” al que estaban sometidos los soldados en el frente, hostigados de forma permanente por la artillería rusa; “aquello era espantoso, inhumano”, afirma el militar argentino.⁴⁰ A pesar de su brevedad, la visita al frente deja en Kinkelin una gran impresión que se hace evidente en el diálogo que mantiene con un general alemán al regresar al castillo en el que estaban alojados y que expresa el orgullo de pertenecer a un ejército que había tomado a Alemania como modelo para su organización: “El viejo soldado se nos aproximó, y me interrogó en alta voz: ¿Qué impresión trae señor? Tendíle también a él la mano como al filósofo en la trinchera, y sólo le dije: ‘soberbio’, y tomando una copa que puso en mis manos, me contestó en medio de un silencio religioso: ¡Por el ejército argentino!”.⁴¹

Dada esta lejanía frente al combate, no es casual que sus crónicas narren con más detalles las consecuencias de la guerra que las batallas y los elementos circundantes al frente, ese espacio “liminal” de la contienda, encarnado en los

³⁷ Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este . . .”, *La Nación*, N° 15497, 4.

³⁸ “Me aconsejaron desistir en seguida a las trincheras. Varias veces lo habían hecho los alemanes en los días anteriores, y siempre habían tenido que lamentar algunas bajas. Parece que los rusos tenían tiradores de precisión a quienes encomendaban batir a los imprudentes”. Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este. Desde Strykow (Para La Nación). Strykow, diciembre de 1914”, *La Nación*, N° 15506, 25 de febrero de 1915, 4.

³⁹ “Cuál no sería mi sorpresa al correrme a lo largo del foso. Tenía a la vista una novedad de trascendencia fundamental que en mi concepto revolucionará los principios que rigen el empleo de las armas: en la trinchera había cañones de campaña [...] Si fuera de día, podría darse cuenta usted mismo de los estragos que han producido en las filas del enemigo por los innumerables caídos que se encuentran hasta diez metros del parapeto”, revela uno de los soldados. *Id.*

⁴⁰ *Id.*

⁴¹ *Id.*

campamentos, pueblos bombardeados, hospitales de sangre y castillos ocupados.⁴² En este sentido, en la serie de crónicas escritas al calor de este viaje por el frente oriental adquiere un lugar destacado la descripción que ambos cronistas realizan de la ciudad de Lodz, abandonada por las tropas rusas en su retirada y asolada por el hambre y el cólera. Para Kinkelin, el espectáculo atroz que brinda esa ciudad “de espanto [. . .] de miseria y de sangre” es de una novedad tan radical que, en cierta forma, bloquea la posibilidad de procesarla de manera discursiva: “La pluma se resiste a describirla [. . .] Dejo pasar por mi imaginación las escenas más espeluznantes de la literatura trágica, y no hallo nada comparable. El infierno del Dante, la visión de Ugolino hambriento y desesperado royendo el cráneo de su hijo. . . tampoco sirve”.⁴³ El oficial argentino prefiere poner cifras a ese desastre: “Treinta a cuarenta mil cadáveres en las trincheras, cien mil heridos, y doscientos mil judíos y polacos famélicos; procesiones hacia el repleto cementerio conduciendo los niños muertos por inanición”.⁴⁴

Soiza Reilly, en cambio, describe las trincheras cercanas a la ciudad (o mejor dicho, a lo que queda de ella) que habían sido tomadas por los alemanes pero no ocupadas dada la enorme cantidad de cadáveres que había en su interior. “Con nuestras lamparitas eléctricas iluminamos el fondo de los agujeros. Dentro de cada hoyo vemos un cadáver [. . .] Los examinamos uno por uno. Son jóvenes. Han caído todos para atrás, con la cara hacia Dios. . . En su mayor parte son peludos, con melena y una espesa barba gris. Porque los soldados rusos que yo he visto, no son ni rubios, ni morenos, ni rojos. Son grises, como ladrillos de tapera. . .”.⁴⁵ Cuando esta observación fisonómica de los cadáveres se torna insoportable, Soiza hace ingresar en escena a uno de sus compañeros de viaje, quien es el encargado de poner fin a ese espectáculo macabro: “Ya hemos visto bastante. ¿Vamos?”. Sí. Es mejor. . . El viento nocturno comienza a remover los olores nauseabundos de las trincheras transformadas en sepulcros”.⁴⁶

El relato de Soiza sobre su contacto con las trincheras deja de lado la dimensión técnica y militar de la contienda, más presente en los escritos de Kinkelin, para centrarse en pequeños detalles como el color del rostro de los muertos. Esa mirada más intimista puede verse también en la crónica en la que Soiza Reilly se hace traducir una carta encontrada después de una batalla. Esta

⁴² Lejos de ser una particularidad de ambos cronistas, esa experiencia fue bastante frecuente en la cobertura periodística de la Gran Guerra. Véase, entre otros: (Prieto).

⁴³ Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este...”, *La Nación*, N° 15497, 4.

⁴⁴ *Id.*

⁴⁵ Soiza Reilly, “Panoramas de la guerra...”, *La Nación*, N° 15489, 5.

⁴⁶ *Id.*

misiva fue enviada por la hermana de un soldado alemán y narra la continuidad de la vida en su aldea de Prusia. “Yo no sé si seré un imbécil al declarar que me conmueve. Pero ese presentimiento materno de que el hijo no volverá es tan humano”, afirma el periodista. Y luego brinda más detalles sobre el contenido de la misiva: los consejos de la hermana para que no se resfríe, la noticia de que “han recogido bien las papas”, la novia triste y la madre que coloca su gorra en la perilla de la cama como si todavía estuviera allí. “Todo eso es muy hermoso. Huele mucho a [Gabriela] Mistral!”.⁴⁷

El peregrinaje de estos cronistas por los bordes de la zona de combate los pone en frecuente contacto con las poblaciones más afectadas por la guerra y sus consecuencias. Se trata de mujeres, niños y ancianos que hacen lo imposible por sobrevivir en medio de la destrucción y el hambre. En una de sus crónicas, Kinkelin se refiere a esas mujeres ancianas que deambulan por los campos en busca de alimentos:

Patatas, remolachas, carne de los caballos caídos en las batallas, todo se lo llevan. El hambre las hace ir encorvadas y mudas entre los carros de la columna, y sólo el chasquido del látigo de los conductores militares las hace desviar, pues en medio de la miseria instintivamente se encogen y se hacen a un lado cuando oyen un agudo silbido de ese instrumento de tortura con que los cosacos, a despecho de la humildad de esa raza, a diario les recuerdan cruelmente su condición de señores.⁴⁸

Mientras que Kinkelin apela a esta escena desgarradora para enfatizar el comportamiento despótico de los cosacos—que se inscribe en una fobia hacia todo lo que proviene de Rusia, presente en buena parte de sus escritos⁴⁹—Soiza Reilly compone una detallada descripción de las multitudes de judíos polacos que escarban las tumbas de los “héroes anónimos” en busca del único alimento barato disponible en Polonia: la papa. “Los pies de los hambrientos se hunden en la tierra pantanosa”, narra Soiza. “El barro tiene manchas de moho ferruginoso. Es la sangre coagulada de los muertos. . . La multitud se apiña sobre el lodazal. Se revuelve. Escarba. . . ¿Son seres humanos? ¡No! Ni siquiera son bestias [. . .] Son

⁴⁷ Soiza Reilly, Juan José, “Fray Mocho en la guerra. Las cosas que se encuentran después de una batalla. Nowosolna (Polonia rusa), diciembre de 1914”, *Fray Mocho*, N° 148, 26 de febrero de 1915, s/p.

⁴⁸ Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este...”, *La Nación*, N° 15497, 4.

⁴⁹ El teniente coronel llega a afirmar que: “La Rusia no debiera pertenecer al continente europeo. Por su ética, por su historia, por algo que no me explico, no puedo separarla de la Siberia, y hasta me parece que su pueblo atenta contra la humanidad al lanzarse hacia el oeste en son de conquista”. *Id.*

la polilla de la muerte. No pelean. No discuten. No riñen como en el mercado. Se entregan al destino”.⁵⁰

En ese contexto, el periodista narra la escena de una anciana miope que recolecta papas con la ayuda de su nieta y que, al escarbar la tierra con sus manos, se topa con el rostro de un soldado semienterrado. Ante el grito desgarrador de su abuela, la jovencita se acerca a mirar y pierde las papas que llevaba en su delantal. “El comandante Kinkelin, el teniente Schmid y yo nos apresuramos a juntar las patatas para que la vieja rusa no le pegue. . . Después de echar un puñado de tierra para cubrir cristianamente la cara del pobre soldadito de plomo, creo que sus ojos se mueven. Acaso me da las gracias. Tal vez se ríe de mí al ver que soy el único salvaje que por aquí se atreve a conmoverse. Y a llorar. . .”.⁵¹ De esta manera, apelando a una reducción de su escala de observación sobre este pequeño drama del frente ruso, Soiza Reilly busca transformar sus vivencias personales en una denuncia del sinsentido de la guerra.

Quienes concentraron también la atención de ambos cronistas fueron los ladrones que merodeaban los cuerpos de los muertos para sustraerles sus últimas pertenencias. Mientras que Kinkelin se refiere despectivamente a estos sujetos como las “hienas del campo de batalla” y aprueba sin reservas la aplicación de la ley marcial para evitar esos sacrilegios,⁵² Soiza Reilly muestra una mirada más compasiva sobre ese “cuervo humano” que destroza los cuerpos para robar sus anillos y cuyo fusilamiento retrata para las dos publicaciones en las que trabaja:

Lo han puesto contra una pared y lo han acribillado a balazos. Me he aproximado para ver su cadáver de cerca, después de retratarlo. Y he visto, que él también lucía en la mano izquierda un anillo de amor. . . Tal vez tenía mujer. Tal vez tenía hijos. Acaso robaba para darles de comer. . . Acaso fue siempre un hombre honrado a quien las lecciones de la guerra le hicieron creer que podía imitar a los soldados. Pero se equivocó. La guerra no respeta los derechos del hombre mientras el hombre vive. La guerra tiene códigos y leyes y se hace respetuosa y amable y justiciera sólo cuando está en presencia de los soldados muertos . . .⁵³

La mirada contemplativa de Soiza ante las tragedias humanas que esconden lo que otros consideran actitudes “indignas”, se reitera frente al robo de

⁵⁰ Soiza Reilly, Juan José, “Panoramas de la guerra. Desde la Polonia rusa (Para La Nación). Strykow (Polonia rusa), diciembre de 1915 [sic]”, *La Nación*, N° 15534, 25 de marzo 1915, 5.

⁵¹ *Ib.*

⁵² Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este...”, *La Nación*, N° 15497, 4.

⁵³ Soiza Reilly, Juan José, “Panoramas de la guerra. Desde la Polonia rusa (Especial para La Nación). Lodz (Polonia rusa), diciembre de 1914”, *La Nación*, N° 15504, 23 de febrero de 1915, p. 4. La crónica publicada en el número de *Fray Mocho* del 5 de febrero de 1915, incluye una fotografía de Kinkelin y del teniente Oscar Schmid contemplando el cadáver del fusilado.

las precarias cruces de madera que indican las tumbas de los soldados caídos y sepultados con rapidez en medio de la campaña: “Yo no sé si es más triste que un muerto no tenga cruz sobre su sepultura o que un hambriento entibie la frialdad de su hogar o la comida de sus hijos, con la cruz de los muertos!”.⁵⁴

Un último aspecto que cabría señalar es la mirada despectiva que emerge hacia la población judía de Polonia y Rusia. A pesar de ser considerados como potenciales simpatizantes de Alemania dado que, como ocurrió con Napoleón I, los judíos esperaban que la llegada de las tropas del káiser los liberara del yugo de los cosacos, Kinkelin muestra un persistente desprecio hacia ellos que se contrapone con la admiración que le provocan los oficiales alemanes, con quienes comparte el salón comedor del Hotel Savoy de Lodz.⁵⁵ Para Kinkelin, la suciedad es un rasgo característico de los judíos de Europa oriental y de las ciudades como Lodz, una “ciudad-chiquero [. . .] que no tiene cloacas, y casi podría decir que tampoco jabón”.⁵⁶ Esta suciedad emerge también como un elemento característico en las descripciones fisonómicas que Kinkelin realiza de estos “judíos de pura cepa” que, en un guiño hacia el público porteño, emparenta con “las caricaturas al estilo del popular Popoff”, un ficticio cronista ruso que hablaba mezclando palabras de su idioma nativo con el español y al que el periodista Félix Lima daba vida en la revista *Fray Mocho*. “Todo negro y sucio, pero muy sucio”, afirma Kinkelin sobre sus vestimentas. De hecho, a su juicio, el recelo que estos habitantes muestran hacia la administración alemana se debe, ante todo, a las nuevas normativas de limpieza: “Les han cerrado algunas casas donde vivían hacinados y en la inmundicia. Los obligan a barrer las calles, no les permiten que tiren la basura a las plazas”.⁵⁷

Junto con la suciedad, otro rasgo que Kinkelin enfatiza de las poblaciones judías es su dedicación al comercio. No obstante, no se trata de un comercio justo sino más bien de un tipo de actividad que, desde su perspectiva, siempre está ligada al engaño, la mentira y el robo:

⁵⁴ Soiza Reilly, Juan José, “Fray Mocho en la guerra. El cólera en el ejército alemán. Lodz (Polonia rusa), diciembre de 1914”, *Fray Mocho*, N° 147, 19 de febrero de 1915, s/p.

⁵⁵ “En el comedor se hallan muchos oficiales que, como nosotros, están dispuestos a partir. Todos están alegres, con esa alegría mesurada de los teutones cultos. Sus indumentarias son intachables, bien afeitados, con las maneras propias de los hombres de cuna; los cinco meses de guerra no han conseguido hacerles olvidar que el oficial alemán es en cualquier parte el caballero sin tacha. De una mesa a otra se oye el ‘Bitte Her Ober’ (tenga la bondad, señor maître) con que llaman al sucio camarero polaco”. Corresponsal [Emilio Kinkelin], “La guerra en el este. Desde Lodz (Para La Nación). Lodz, diciembre de 1914”, *La Nación*, N° 15499, 18 de febrero de 1915, 4.

⁵⁶ *Id.*

⁵⁷ *Id.*

Los judíos, con raras excepciones, se dedican al comercio [. . .] Baratijas, comestibles, cualquier cosa, todo lo comercian en la calle o en las casas, y se puede estar seguro que jamás un judío perderá en el negocio [. . .] entre ellos no se ayudan, uno trata de aventajar al otro, róbanses [. . .] Por los caminos se ven millares de individuos que cargan leñas, maderas y toda clase de objetos caseros que traen de las aldeas vecinas [. . .] Si a los judíos pasantes se les levanta el kaftan, se puede estar seguro que llevan algo oculto que no les pertenece. Interrogado, dirá que es suyo.⁵⁸

Estos tópicos antisemitas presentes en las crónicas de Kinkelin revelan la profusa circulación y la naturalización de esos modos de representación del judío en la cultura europea de la que este oficial estaba imbuido. Sin embargo, es importante evitar la tentación de considerar estos pasajes como una suerte de “quimera del origen” que prefiguraría el tipo de antisemitismo que se expandió entre los partidarios del nacionalismo argentino tras la Revolución Rusa y, sobre todo, luego de la Semana Trágica de enero de 1919.⁵⁹

El hecho de que algunos tópicos similares irruman en las crónicas de una figura como Soiza Reilly—cuyas credenciales previas al estallido de la conflagración, pero también su itinerario posterior, difieren de forma extrema de los de Kinkelin—revela que se trata de una mirada mucho más transversal y no necesariamente atada a la derecha política. Por ejemplo, en el relato de Soiza sobre la noche en la que fue alojado junto con sus compañeros en la casa de una pareja judía, el periodista relata que “con el judío ha salido también a recibirnos un tufo de pocilga. Es un vaho de caballeriza, de conventillo y de escombros. . .”.⁶⁰ Al día siguiente, al llegar el momento de la partida, el “flaco judío de barbas de chivo” que les dio asilo piensa que van a fusilarlo y pide clemencia a Kinkelin. “Qué hombre más sucio”, exclama el oficial argentino después de que el judío besara sus manos. “¿Son prejuicios católicos?”, se mofa Soiza Reilly. Sin embargo, cuando el judío se arrodilla a sus pies, el periodista imita la actitud de su compañero y sale corriendo en dirección al automóvil.⁶¹

No obstante, el pasaje que mejor condensa estos tópicos en las crónicas de Soiza Reilly es la extraordinaria escena de su encuentro con un molinero judío que lo ha perdido todo: “Feliz, contento, loco de orgullo ante los demás judíos que tienen la desgracia de no ser tan desgraciados como él, me lleva, me empuja, me arrastra hacia un montón de escombros”. Allí le cuenta que su mujer murió sepultada bajo esos escombros y que guarda sus restos en una caja de anchoas en conservas que exhibe ante el periodista. “Siempre con el cadáver pulverizado de

⁵⁸ *Id.*

⁵⁹ Una tentación a la que no escapan Lorenz (48-65) y Compagnon (276). Para un análisis más exhaustivo de los vínculos entre antisemitismo y nacionalismo, ver Lvovich.

⁶⁰ Soiza Reilly, “Panoramas de la guerra...”, *La Nación*, N° 15519, 4 y 5.

⁶¹ Soiza Reilly, “Panoramas de la guerra...”, *La Nación*, N° 15534, 5.

su mujer bajo el brazo”, el judío le confiesa que tiene hambre y, entonces, Soiza le pregunta: “¿Por cuánto me vende esa caja con las cenizas de su mujer? Aguardo el garrotazo. Y en efecto, me lo da en el alma cuando me contesta: ¡Tengo tanta hambre! . . . ¡Deme usted cinco rublos! Y por cinco pesos argentinos hube de comprarme ese cadáver. Pero, como el escuálido ruso lo vendía por hambre, preferí darle para comer y dejarle su muerta. . .”.⁶² El relato de Soiza, sin dudas más elaborado que el Kinkelin, deja al descubierto otras aristas de esa mirada peyorativa pero, al mismo tiempo, compasiva hacia la tragedia infinita que les toca atravesar a esos judíos de Europa oriental.

La presencia transversal de estas representaciones sobre los judíos de Europa oriental brinda un corolario metodológico para la historia de la prensa, pues recuerda la importancia de analizar las crónicas desde sus soportes originales en detrimento de las antologías y recopilaciones realizadas por estos autores durante los años de la Gran Guerra y la postguerra.⁶³ En este sentido, la remisión a las fuentes posibilita realizar un análisis de esos escritos sin aislarlos del complejo entramado discursivo que conformaba el medio en el cual fueron publicadas. A su vez, esta elección permite trazar vínculos con otras secciones del diario dedicadas a la Gran Guerra pero también con las columnas de opinión, los editoriales de actualidad y las crónicas de otros corresponsales, comparaciones que quedan difuminadas con el pasaje a libro.

Ahora bien, más allá de esta reflexión de orden metodológico, el análisis de los itinerarios y las crónicas sobre el frente oriental de Juan José Soiza Reilly y Emilio Kinkelin permite arribar a otras conclusiones. En primer lugar, comprobar los diferentes perfiles periodísticos que cabían bajo los pliegues del término “corresponsal” y las variantes de la crónica de guerra que circulaban en la prensa

⁶² Soiza Reilly, “Panoramas de la guerra . . .”, *La Nación*, N° 15504, 4.

⁶³ En 1916, Kinkelin publicó una síntesis de sus primeras crónicas en un folleto “a beneficio de la Cruz Roja de los Imperios Centrales” titulado: *Dos años de guerra: Un resumen por el corresponsal de ‘La Nación’ en Alemania*, Buenos Aires, Librería Cervantes, 1916. Luego de finalizada la contienda, editó una versión más extensa de sus escritos bajo el título de *Mis correspondencias a ‘La Nación’ durante la guerra europea*, Buenos Aires, Guillermo Kraft impresor, 1921. En el caso de Soiza Reilly, según consta en el esbozo biográfico escrito por el poeta ecuatoriano Alejandro Andrade Coello que funciona como una suerte de prólogo a *La escuela de los pillos* (1920), por ese entonces la Editorial Maucci de Barcelona remataba los últimos ejemplares de *Panoramas de la guerra*, un volumen de “gran formato”, con más de tres mil ilustraciones y que “contiene las crónicas que Soiza Reilly escribió desde los campos de batalla, durante los tres años que permaneció regimiento remunerado, en el inmenso teatro del conflicto europeo, como corresponsal de guerra del gigantesco diario argentino *La Nación*”. La afirmación tiene cierta veracidad pues ese fue el título elegido por Soiza para sus crónicas sobre la Gran Guerra escritas para dicho matutino y por tratarse de una editorial que ya había editado varias de sus obras. No obstante, hasta el momento no se ha podido encontrar este libro en los principales repositorios de la Argentina y el extranjero, ni tampoco referencias a él en los catálogos generales de la editorial que fueron consultados.

porteña de esos años. Y, en segundo lugar, de qué manera la cobertura mediática de este conflicto posibilitó la consolidación de un periodismo de guerra novedoso, encarnado en figuras de vasta trayectoria como Soiza Reilly, que utilizaron dicha experiencia como plataforma para la construcción de un prestigio profesional que les permitió destacarse como los exponentes locales de una figura en creciente expansión: el “corresponsal de guerra”. Este aspecto de la cobertura mediática de la contienda, ligado a la profesionalización de la escritura en la prensa periódica, permite, por último, situar a la Gran Guerra como un capítulo destacado del proceso de modernización iniciado por la prensa de Buenos Aires a finales del siglo XIX.

Obras citadas

Fuentes Primarias

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, República Argentina, Sección Primera Guerra Mundial, caja AH0016, “Guerra europea. Medidas de Guerra. Neutralidad”.

Servicio Histórico del Ejército, División Legajos, legajo del teniente coronel Emilio Kinkelin (n° 6439).

Crítica. Diario ilustrado de la noche, impersonal e independiente

Caras y Caretas. Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidad

Fray Mocho. Semanario festivo, literario, artístico y de actualidades

La Argentina. Primer diario moderno de la mañana, independiente e impersonal

La Gaceta de Buenos Aires. Diario de la tarde

La Mañana. Diario noticioso e independiente

La Nación. Diario de la mañana

La Nota. Revista semanal

La Tarde

La Razón. Diario de la tarde

Mundo Argentino. Semanario popular ilustrado

Tribuna. Diario de la tarde

Bibliografía

- Binns, Niall. 2012. *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.
- Caimari, Lila. 2019. “‘De nuestro corresponsal exclusivo’. Cobertura internacional y expansión informativa en los diarios de Buenos Aires de fines del siglo XIX”. *Investigaciones y ensayos* (68): 23-53.
- Cano Reyes, Jesús. 2017. *La imaginación incendiada. Corresponsales hispanoamericanos en la Guerra Civil Española*. Madrid: Calambur.
- Compagnon, Olivier. 2014. *América latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*. Buenos Aires: Crítica.
- _____. 2007. “‘Si loin, si proche. . .’ La Première Guerre mondiale dans la presse argentine et brésilienne”. En Jean Lamarre y Magali Deleuze, dirs. *L'envers de la médaille. Guerres, témoignages et représentations*. Québec: Les Presses de l'Université Laval, 77-91.
- Forcade, Olivier. 2016. *La censure en France pendant la Grande Guerre*. París: Fayard.
- García Molina, Fernando. 2010. *La prehistoria del poder militar en la Argentina: la profesionalización, el modelo alemán y la decadencia del régimen oligárquico*. Buenos Aires: Eudeba.
- González, José Ramón. 2018. “Refracciones discursivas: tres periodistas hispanos en los campos de batalla de Flandes (abril de 1916)”. *Anuario IEHS* (33, 1): 159-176.
- Horne, John (dir.). 2010. *Vers la guerre totale. Le tournant de 1914-1915*. París: Tallandier.
- Juárez, Laura. 2019. “¿Cómo narrar la guerra? Periodismo masivo y escritura literaria en Argentina”. En Laura Juárez, ed. *Escritores y escritura en la prensa*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. 121-145
- _____. 2015. “Entre el corresponsal viajero y el escritor comprometido. Raúl González Tuñón en la Guerra del Chaco”. *Badebec. Revista del Centro de Teoría y Crítica Literaria* (9): 243-264.
- _____. 2013. “Raúl González Tuñón ‘en las alas de Crítica’: crímenes y aventuras heroicas en la Guerra del Chaco”. *Aletria. Revista de estudios de literatura* (23, 1): 97-110.

- Kalifa, Dominique y Vaillant, Allain. 2004. "Pour une histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIXe siècle". *Le Temps des médias* (1, 2): 197-214.
- Kinkelin, Emilio. 1916. *Dos años de guerra. Un resumen por el corresponsal de 'La Nación' en Alemania*. Buenos Aires: Librería Cervantes.
- _____. 1921. *Mis correspondencias a 'La Nación' durante la guerra europea*. Buenos Aires: Guillermo Kraft impresor.
- Laera, Alejandra. 2008. "Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)". En Carlos Altamirano, dir. y Jorge Myers, ed. *Historia de los intelectuales en América latina. Tomo I. La ciudad letrada. De la Conquista al Modernismo*. Buenos Aires: Katz editores. 495-522
- Lerose & Montmasson. 1913. *Guía Periodística Argentina*, Buenos Aires.
- Lorenz, Federico. 1996. "La Gran Guerra vista por un corresponsal argentino". *Todo es Historia* (352): 48-65.
- Ludmer, Josefina. 2011 *El cuerpo del delito: un manual*. Buenos Aires: Eterna Cadencia [1999].
- Lvovich, Daniel. 2003. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Mayo, Carlos. Osvaldo Andino y Fernando García Molina. 1983. *La diplomacia del petróleo (1916-1930)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Mizraje, María Gabriela. 2006. "Perdularios, perdidos y emprendedores (Los irrecuperables de Soiza Reilly)", en Soiza Reilly, Juan José, *La ciudad de los locos*. Edición crítica de María Gabriela Mizraje. Buenos Aires: Adriana Hidalgo. 21-91
- Oliver, María Rosa. 1969. *La vida cotidiana*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Paddock, Troy. 2004. *A Call to Arms. Propaganda, Public Opinion, and Newspapers in the Great War*. Westport/Connecticut: Praeger.
- Prieto, Sara. 2018. *Reporting the First World War in the Liminal Zone. British and American Eyewitness Accounts from the Western Front*. Cham: Palgrave/Macmillan.
- Rinke, Stefan. 2017. *Latin America and the First World War*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Román, Claudia. 2010. "La modernización de la prensa periódica. Entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)". En Alejandra Laera, dir. *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. III, "El brote de los géneros". Buenos Aires: Emecé. 15-37

- Rouquié, Alan. 1982. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. t. 1. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Saítta, Sylvia. 2009. "Nuevo periodismo y literatura argentina". En Cecilia Manzoni, dir. *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. VII, "Rupturas". Buenos Aires: Emecé. 241-254
- Sánchez, Emiliano Gastón. 2020. "Un consenso inestable: la cuestión de la neutralidad en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires durante los inicios de la Gran Guerra". *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* (46): 1-20.
- _____. 2018. "Pasión de multitudes: la prensa y la opinión pública de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra". *Anuario IEHS* (33, 1): 177-204.
- _____. 2017. "Bohemia anarquista, modernismo y periodismo: las crónicas de Juan José Soiza Reilly durante la Primera Guerra Mundial". *Revista Izquierdas. Una mirada histórica desde América Latina* (35): 98-123.
- _____. 2015. "La invasión alemana de Bélgica y la movilización visual en la prensa de Buenos Aires. Un estudio sobre las imágenes del diario *Crítica* durante los inicios de la Gran Guerra". *Revista Contemporánea* (2, 8): 1-39.
- Servelli, Martín. 2018. *A través de la República: corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre siglos XIX-XX*. Buenos Aires: Prometeo.
- Siskind, Mariano. 2016. "La primera guerra mundial como evento latinoamericano: modernismo, visualidad y distancia cosmopolita". *Cuadernos de literatura* (XX, 39): 23-253.
- Tato, María Inés. 2017. *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Tercer Censo Nacional. Levantado el 1° de junio de 1914*. 1917. Buenos Aires: Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía., tomo IX.
- Thompson, J. Lee. 1999. *Politicians, the Press and Propaganda: Lord Northcliffe and the Great War, 1914-1918*. Kent: The Kent State University Press.
- White, Elizabeth B. 1991. *German Influence in the Argentine Army, 1900 to 1945*. Nueva York: Garland Publishing.